

UC Santa Cruz

UC Santa Cruz Previously Published Works

Title

La Lectura popular: entre la biblioteca y la hoja suelta

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/5qm6s4cz>

Author

Poblete, Juan

Publication Date

2022-12-22

Peer reviewed

La lectura popular: entre la biblioteca y la hoja suelta

Juan Poblete

University of California-Santa Cruz

jpoblete@ucsc.edu

Me interesa investigar algunos de los espacios de constitución de una sociabilidad popular en Chile a fines del siglo XIX y a comienzos del XX. Persigo en particular el papel que la lectura popular puede haber tenido en lo que llamo “formación lectora” en el contexto del siglo XIX chileno. Por “formación lectora” entiendo, al menos, dos cosas. Por un lado, el proceso secular de formación de lectores realizado por la Iglesia y el Estado, y por actores privados que responden a la agenda eclesiástica y/o estatal. Incluye los esfuerzos educativos y moralizantes pero también expansivos y políticos por guiar dicha formación de lectores y controlar sus formas de producción de significados. Por otro, alude también a la manifestación específica de una formación social en el plano del consumo cultural de textos en un momento dado. En este último sentido una formación lectora (que corresponde en el lado del consumo cultural a una formación social y a una formación discursiva) es un conjunto de relaciones que determinan las conexiones entre textos y lectores, las formas de actividad interpretativa y afectiva de esos lectores y los límites y alcances de lo que se considera un texto y sus usos. Si el primer sentido concibe a los grandes actores estratégicos (Estado e Iglesia) como sus protagonistas, el segundo le asigna ese rol a los diferentes públicos lectores y a sus tácticas de consumo –incluyendo a las mujeres y a los emergentes sectores populares (Poblete, “Formación”, por aparecer).

Mi idea es que aquellos dos polos en el título de este trabajo, la biblioteca popular y la hoja suelta, marcan los extremos de control y libertad de la subjetividad lectora popular. La biblioteca propone un orden y un espacio, unos contenidos cuidadosamente elegidos y encerrados en el ámbito bien delimitado del libro oficial y su restringida y bien monitoreada circulación. La hoja suelta, en cambio, nos habla en principio del carácter rebelde, resistente y difícilmente sistematizable de la cultura popular. Evoca también su permanente fragilidad que es simultáneamente fugacidad y fuga. Mi segundo postulado, sin embargo, es que ni las bibliotecas ni las hojas sueltas deben ser leídas demasiado unilateralmente. Ni la hoja suelta (ni otros múltiples impresos populares) fue un espacio de libertad completa por fuera del mercado y las determinaciones sociales, ni la biblioteca (popular o no) una institución homogénea y sin contradicciones.

Así lo indica Domingo Faustino Sarmiento en 1854 cuando, tratando de convencer al Ejecutivo chileno de la necesidad de instalar en Chile las bibliotecas populares que él tanto había admirado en sus viajes por Estados Unidos y Europa, señalaba la conveniencia de usar la hoja suelta para difundir el libro, la biblioteca y su uso:

Cuando se hubiese publicado un volumen, antes de distribuirlo a las bibliotecas locales convendría hacer tirar a veinte mil ejemplares una hoja suelta que contuviera noticia del contenido del libro, i espedida a todos los puntos del territorio, los trescientos maestros de escuela, por medio de sus alumnos, estarían encargados de distribuirla en todas las familias, para su conocimiento (Sarmiento, "Bibliotecas Populares", 465).

En este esfuerzo sarmientino, el uso de la hoja suelta es tanto la aceptación de las formas de la comunicación popular como el instrumento gubernamental para acceder, mediante la poderosa retícula del aparato educativo en pleno proceso de articulación, a uno de los núcleos de la sociabilidad popular. Por supuesto nada de esto debiera sorprendernos. Volvemos a la constatación de que tanto la cultura popular como los esfuerzos estatales por estructurarla y redirigirla son espacios contradictorios, masivos y cotidianos, atravesados por recurrentes luchas de poder en la permanente definición de sus significados.

Si la biblioteca popular (y la lectura que ella buscaba estimular) puede ser entonces vista como una forma de la gubernamentalidad estatal, no es menos cierto que las lecturas populares dirigidas fueron también un arma de la Iglesia católica y su pastoral hacia los obreros, artesanos y mujeres. En 1888, *La Lectura popular. Publicación semanal dedicada a las clases trabajadoras* se unía, con su número inaugural, a los esfuerzos pastorales de la Iglesia contra la corriente secularizadora de la sociedad chilena para participar, defendiendo a la religión católica, en esta "jigantesca i trascendental contienda". Esta ambición evangelizadora definía, de hecho, su *modus operandi*:

El modo como propagaremos la *Lectura popular* es [el siguiente:] Las suscripciones [...] darán derecho a cierto número de ejemplares cada semana que el accionista repartirá por si entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., o manda [sic] distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros ("Nuestros propósitos", año I, número 1, septiembre 8, 1888).

Indirectamente, el esfuerzo reeducador de la Iglesia reflejaba con gran claridad la relativa masividad de la lectura popular de otros textos, más abundantes y atractivos: "Entra en nuestros propósitos el que la *Lectura popular* aparezca los lunes, días en que solo se ven circular por las calles publicaciones dañinas para saciar el hambre de leer que atormenta a los habituados a tener todos los días en sus manos algún periódico" ("Nuestros propósitos"). Un año más tarde, el mismo periódico en un artículo titulado "Propaganda por medio de la prensa", insistía en la, para la revista, peligrosa proliferación de la lectura de "publicaciones ligeras": "El siglo XIX [... es] un siglo lector. Se lee más hoy en un año que en otras épocas en ciento. Hemos dicho poco, se lee; se devora la lectura, i por eso tan a menudo se

indijesta. Pero el hecho público e innegable es que se lee" ("Propaganda", *Lectura popular*, año II, número 53, septiembre 8, 1889).

La batalla, la "jigantesca i trascendental contienda", tenía, por lo menos, dos lados muy activos y estos iban a disputarse palmo a palmo, hoja a hoja, artículo tras artículo, la atención de los lectores populares. Así lo atestigua *El Hijo del Pueblo. Órgano del obrero* que, en 1886 y en un texto llamado "Necesidad de la instrucción", señalaba:

Eduquemos nuestra razón si queremos vivir la vida de los hombres. El primer paso que debemos dar para conseguir tan gran fin, es separarnos por completo del influjo sacerdotal. Debemos mirar al sacerdote con prevención, como a un hombre que tiene por misión engañarnos, seducirnos i dominarnos (*El Hijo del Pueblo*, año I, número 24, marzo 27, 1886).

Las lecturas populares y los textos destinados a estimularlas y satisfacerlas fueron también, finalmente, un arma de la proto-masiva cultura que descubrió y reflejó, de modo progresivo, la emergencia de los sectores populares como un mercado explotable a partir de la exploración de sus lógicas e intereses específicos. Entre estos tres espacios (Estado, Iglesia y mercado) elijo aquí, por limitaciones de extensión, solo dos con un par de ejemplos específicos. Primero, el de las bibliotecas populares en Chile, de las cuales solo analizo una de sus múltiples facetas: los esfuerzos gubernamentales por instalarlas según se reflejan en las *Memorias de los Ministros de Justicia, Culto e Instrucción Pública* entre 1845 y 1886. En segundo lugar, el caso de las hojas sueltas de la *Lira popular*, con que concluyo. Estos dos ejemplos marcan los extremos de un espectro mucho más amplio que incluye las bibliotecas para obreros católicos, las bibliotecas populares de otros actores cívicos como asociaciones filarmónicas y mutuales, las nacientes bibliotecas de obreros y artesanos de los grupos políticos populares auto-organizados, y los periódicos, revistas, almanaques y hojas directamente comerciales que completan un panorama editorial y lector crecientemente diverso y heterogéneo.

Las bibliotecas populares

Las concibo aquí como uno de los espacios a través de los cuales la gubernamentalidad estatal intentó imponer a los sectores medio-bajos una economía moral de la sociabilidad.

La llamada "cuestión social" en Chile generó respuestas de los sectores conservadores/católicos y soluciones reformistas liberales. Luis Alberto Romero, por ejemplo, ha clasificado la percepción elitaria del Otro popular en el Santiago de la segunda mitad del siglo XIX en tres miradas: la mirada horrorizada (el hacinamiento, el contagio, la enfermedad, el vicio), la mirada calculadora (especulación inmobiliaria con las viviendas populares) y la mirada moralizadora (Romero, "¿Cómo son los pobres?"). Yo agregaría que, en general, en esta última línea se recetaron tres tipos de remedios, muchas veces en forma combinada, otras en oposición de alguno contra los otros.

Se trataba de una moralización de la sociabilidad popular fundada ya fuera en el trabajo, en el ahorro y/o en la educación. El grado de interpenetración discursiva entre los argumentos conservadores y liberales fue alto, usándose muchas veces en una argumentación progresista muchos de los clichés conservadores. Fernando Santa María, en su "Ojeada sobre la condición del obrero y medios de mejorarla" (1874) señalaba que "...el obrero vive generalmente aislado, piensa solo, y se reúne únicamente para el juego o la bebida" (ctd en Grez, *La cuestión social*, 249). Es decir, desarrollaba un tipo desviado o patológico de sociabilidad. Sus formas de asociación voluntaria requerían de un trabajo de reencauzamiento o de total transformación que las ordenase a los dictados de una racionalidad menos espontánea. La solución, para Santa María, era la escuela; para otros sería el ahorro o el trabajo. Para algunos, las bibliotecas populares representarían la posibilidad de combinar estos tres elementos: educación, trabajo y ahorro de energías, en propuestas que las juzgarían dentro de un rango que va desde lo inocuo a lo productivo, pasando por el mal menor.

Si me he detenido brevemente en la precisión de lo que podemos llamar "economía moral de la sociabilidad", ha sido porque ella pone de manifiesto algunos de los parámetros en que se empezaba a conceptualizar la distribución más o menos masiva de materiales impresos que, cada vez más, la prensa diaria y periódica ponía al alcance de sectores siempre crecientes de la población chilena. Ocio, disipación, libertinaje, corrupción, defensa y transformación de las costumbres, trabajo y recreación, son algunos de los temas que habían empezado a ocupar a las élites del país embarcadas en el esfuerzo por "desarrollar" la economía nacional sin perder las riendas del control social. Temas, asimismo, que empezarían a ser discutidos a propósito de la lectura y de las prácticas de la cotidianeidad dentro del ocio urbano. Este es para mí el contexto general en que es preciso leer el problema de las bibliotecas populares en el siglo XIX.

Domingo Faustino Sarmiento, en su *Memoria sobre Educación común* (1856), en el marco de su interés por las cajas populares de ahorro y la extensión de la enseñanza popular, conectaba efectivamente ambas formas de sociabilidad económica y moral:

La instrucción llena estos objetos [la aspiración idealista de los pobres manifestada en la embriaguez y los juegos de azar como formas de escape y sueño], sin rebajar el alma, sin degradar el cuerpo i sin derrochar los salarios. Una novela, si se buscan disipaciones, embriaga por más tiempo que una botella de vino, i la caja de ahorros promete infaliblemente fortuna más segura que los azares del dado, aunque pide más tiempo (Sarmiento, *Memoria*, 31).

El problema, al menos para las bibliotecas populares que durante su estadía en Chile Sarmiento fomentó en estrecha colaboración con el presidente Manuel Montt (1851-1861), fue que esas instituciones se llenaron de libros directamente moralizantes y civilizadores que se colocaban fuera o más allá del alcance y del interés de los lectores populares. Bernardo Subercaseaux ha

recordado la desazón y la lucidez sarmientina, cuando veinte años después de sus primeros esfuerzos por promover las bibliotecas populares y haciendo su balance en 1866, comprobaba con tristeza y cierta ironía las razones de su fracaso: "Los libros aquellos –recuerda– eran escogidos serios, morales, generalmente bien escritos, útiles ... con todas estas recomendaciones (y mucho nos tememos que a causa de ellas) nadie se tomó la molestia de leerlos y se perdieron" (ctd en Subercaseaux, 59)¹.

Si en 1845 se habían creado las bibliotecas populares, en 1866 Sarmiento, el promotor mismo de la idea, declaraba: "No ha producido resultado ninguno el ensayo. Nadie leyó los libros, las bibliotecas se han desparpajado, y veinte años después el Gobierno ha reducido a once las bibliotecas..." ("Bibliotecas Populares", 324).

La trayectoria que lleva a ese desconsolado análisis se puede seguir en las *Memorias* de los sucesivos Ministros de Justicia, Culto e Instrucción Pública, tríada decimonónica que delataba ya las múltiples conexiones que se establecían frecuentemente entre las tres esferas. Con esta investigación y material de archivo busco, entonces, entender el espacio de las bibliotecas populares como lugares complejos en el desarrollo de una sociabilidad popular en Chile.

Antonio Varas en su *Memoria como Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública* para el año 1845 apuntaba una falta en el mercado editorial y en el mundo de la lectura chilena:

Complemento de la instrucción primaria son las lecturas populares que divulgan sanas máximas de moral o preceptos prácticos aplicables a los usos de la vida (...). Los periódicos populares que en otros países son un excelente medio de civilización, no han hecho ni siquiera su ensayo entre nosotros. Qué podemos prometernos de que se sepa leer si no hai lecturas apropiadas a las clases que viven de su diario trabajo? Quien sabe si ofrecer facilidad para desertar de las reglas del buen sentido i estraviarse con más prontitud. Señalo pues como urgente la publicación de lecturas populares (12).

Francisco Javier Ovalle en su *Memoria para el año 1856*, por su parte, señalaba:

Persuadido [el Gobierno] de que la aptitud de leer es una facultad de todo punto estéril si no hai libros sobre que pueda ejercitarse, ha creado bibliotecas populares en todas las cabeceras de departamentos, completando por

¹ El problema de la resistencia popular a la moralización de los contenidos de sus lecturas en las bibliotecas a ellos dirigidas persiguió también los esfuerzos en esta área en el siglo XIX europeo. Véase Lyons para un iluminador resumen.

decirlo así, nuestro sistema de instrucción primaria. En la elección de los libros se ha procedido con todo género de miramientos, pues si la lectura de obras morales o de una utilidad práctica desarrolla ventajosamente las facultades del hombre, nada le pervierte i degrada más que los libros que excitan las malas pasiones o que de algún modo, conculcan los principios de lo bueno i lo honesto (21).

El ministro refleja aquí ya el fuerte impacto de las ideas de Sarmiento, pero también lo modifica. Sarmiento había insistido en la necesidad de desarrollar una línea editorial con auspicios gubernamentales dirigida directamente a satisfacer lo que percibía como las necesidades de la lectura popular. Para ello recomendó, junto con los libros útiles sobre agricultura, higiene, etc., los libros de viajes y aventuras, las biografías de hombres ilustres como modelos discursivos que podían primero entretener y por ello, luego, educar a sus lectores populares. Más tarde Sarmiento, en su famoso texto respecto de las novelas de 1856, defendería las obras de ficción sobre la base de al menos dos argumentos: educan la sensibilidad popular con aspiraciones e ideales espirituales, le enseñan a sentir y a pensar, y, en el peor de los casos, son siempre preferibles como actividad a las alternativas de uso del tiempo popular en el juego, la bebida y la disipación. El ministro, en cambio, como buena parte de la Iglesia católica chilena, no veía esta última idea con buenos ojos. Las novelas contemporáneas eran seguramente para Ovalle "los libros que excitan las malas pasiones o que de algún modo, conculcan los principios de lo bueno i lo honesto". La opinión había sido expresada ya tempranamente en este decreto oficial de 1849:

Biblioteca Nacional. Prohibición de leer ciertos libros.
Santiago, 24 de diciembre de 1849

Con lo expuesto por el Director de la Biblioteca Nacional en la presente nota, vengo en autorizarle para separar de la lectura pública que hacen los jóvenes en aquel establecimiento, las novelas y romances que se conceptúen inmorales e inadecuados al conocimiento del concurrente según su clase y edad, sea que estas novelas y romances se hallen en volúmenes especiales, o se registren en periódicos nacionales o extranjeros.

Comuníquese y anótese. Rúbrica de S.E.
Tocornal (*Instrucción Pública*, 213-214).

Por su parte, Ramón Sotomayor, Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública en 1861, declaraba optimista en su *Memoria*:

Las bibliotecas populares, tan jeneralizadas ya en toda la República, incrementan anualmente con las publicaciones que ordinariamente se hacen con este propósito por cuenta del Estado de obras que contienen los conocimientos que más conviene jeneralizar. Aunque todavía en muchos

departamentos son poco frecuentadas, no obstante las facilidades que por los reglamentos se confiere para sacar libros a domicilio, no debe por esto estimarse la institución como menos útil. Ella está llamada a coadyuvar poderosamente a los esfuerzos que se hacen para difundir los conocimientos útiles en todas las clases, poniendo al alcance de todos los medios de cultivar su espíritu en los ramos que más relación tengan con su posición i con sus ocupaciones ordinarias. En el día existen 43 de estas bibliotecas en 42 departamentos (54).

En 1865, sin embargo, el ministro Federico Errázuriz en su *Memoria* se veía obligado a conceder finalmente la derrota:

Tengo el sentimiento de anunciar al Congreso, en cumplimiento de mi deber, que las bibliotecas populares no corresponden como debieran al fin de su institución (...) lo que prueba que su institución ha sido prematura, i que aún no está difundido el gusto de la lectura entre los hombres del pueblo, que son los llamados a gozar de sus beneficios.

La concurrencia de lectores a las bibliotecas populares es escasísima en todas las poblaciones de la República (49).

De las tres causas que se argüían para explicar este déficit, el ministro descartaba las dos primeras y calificaba la tercera:

La primera de ellas es según algunos, lo poco adecuado de los locales i la poca o ninguna comodidad que ellos proporcionan a los lectores (...) La segunda causa (...) es la de haberse prohibido por el artículo 110 del reglamento de instrucción primaria la extracción de libros para leer fuera de dichos establecimientos. [...] El artículo 109 del reglamento de instrucción primaria dispone que las bibliotecas locales se abran todos los días festivos desde las doce del día hasta las cuatro de la tarde, i esta es la tercera causa a que se atribuyen por todos los bibliotecarios la falta de concurrencia de lectores. Creo más atendible esta razón que las precedentes, i soi de opinión que debe modificarse aquella disposición haciendo que las bibliotecas se abran diariamente aunque sólo sea por el espacio de dos horas; sin embargo tampoco doi a la causa espuesta la grande importancia que se le atribuye. Antes de la promulgación de aquel reglamento, 1 de diciembre de 1863, no era mayor el número de lectores en aquellos establecimientos, i si había en ellos un pequeño movimiento, era sólo para sacar libros a domicilio i no para leer en el local de la biblioteca. Es preciso que no nos hagamos ilusiones: el gusto por la lectura no se improvisa en la jeneralidad i él irá introduciéndose paulatinamente como uno de los frutos de la instrucción primaria (50-51).

La desolada e interesada conclusión de este análisis fue la supresión temporal de las bibliotecas populares. Se desoyeron así las claras reflexiones de Sarmiento. Puesto que era imposible pensar que alguien fuese a querer leer en las bancas incómodas y frías de los recintos de las bibliotecas populares, decía Sarmiento, era fundamental implementar un buen sistema de préstamo a domicilio. De entre los varios objetivos presentes en las políticas estatales para el fomento de la lectura popular (el control y la producción hegemónicas de una subjetividad popular socialmente productiva), el ministro Errázuriz veía como inaceptables el que los pocos lectores de las bibliotecas populares llevaran sus libros a domicilio, escapando así, al menos física y aparentemente, al esfuerzo estatal directo por cartografiar su presencia en el espacio urbano y administrar sus energías ociosas. Los lectores eran aquí, sobre todo, cuerpos útiles que requerían control físico directo. Sarmiento, en cambio, con mayor perspicacia gubernamental, comprendía que las formas de administración de poblaciones masivas podían adquirir un carácter más profundamente hegemónico por la vía de considerar como su espacio de intervención la totalidad existencial y ontológica de los lectores del pueblo, incluyendo su cotidianidad y sus hogares. Los lectores eran, aquí, tanto cuerpos como almas que era necesario productivizar. Para ello la biblioteca debía ser entendida como el espacio por medio del cual la discursividad del Estado optimizaba y regularizaba, a través del libro y del sistema de préstamos, su poder de llegada en y a la subjetividad popular.

En concordancia con este último punto de vista y en su *Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Justicia, Culto e Instrucción Pública presenta al Congreso Nacional de 1867*, el ministro Joaquín Blest Gana (hermano del autor de *Martín Rivas*) afirmaría entonces acerca de las desaparecidas bibliotecas populares:

El Gobierno que aplaude sinceramente los esfuerzos de las asociaciones privadas dedicadas a la enseñanza de las clases menesterosas, ha tenido i tendrá una verdadera satisfacción en prestar a sus tareas toda la cooperación que le sea posible (...) no ha vacilado en poner a su disposición los libros i textos con que cuenta (...). Con igual propósito se ha suministrado a las sociedades de artesanos de Santiago i Valparaíso i a los jefes de los cuerpos del ejercito que lo han solicitado, colecciones de todos los libros que existen en el archivo, tratándose de prestar el mismo servicio de las bibliotecas populares en una esfera más reducida, pero de un modo más directo i positivo. El buen resultado que está produciendo esta medida, hace creer que aquella abandonada institución, puede rehabilitarse con provecho, formando pequeñas bibliotecas en los cuarteles de bomberos i de las fuerzas cívicas i en todos aquellos centros de asociación numerosos i estables. Conviene sin duda estimular el gusto por la lectura que se desarrolla visiblemente en las clases laboriosas; i si es efectivo que el sistema adoptado para la planteación de las bibliotecas populares hizo decaer las esperanzas del buen éxito de ese ensayo, también es

cierto que es posible conseguirlo, adoptando otro camino más conforme con las costumbres i con las ocupaciones de nuestro pueblo (33-34).

Casi una década más tarde, en la *Memoria* de 1886, Emilio Crisólogo Varas constatando un aumento en el número de lectores de la Biblioteca Nacional, que habría de ser mayor aun considerando “que en poco tiempo más empezara a recibir quincenalmente libros i revistas europeas”, anunciaba un regreso a las políticas sarmientinas:

la Biblioteca Nacional ha sido ya trasladada al edificio que antes ocupaba el Congreso Nacional.(...) En los meses transcurridos desde marzo a agosto de este año, el número de lectores ha llegado a seis mil diez (...). Interesado el Gobierno en difundir en el país la mayor suma posible de conocimientos i empeñado este Ministerio en facilitar a todas las clases sociales los medios de adquirirlos, ha acogido la idea de autorizar la lectura a domicilio i por decreto de fecha 17 del presente mes, se ha creado en la Biblioteca Nacional una sección de libros que puedan sacarse para leer a domicilio mediante el depósito de una cuota proporcionada al valor de cada libro como garantía de restitución.

De esta manera los empleados públicos i particulares, los sirvientes domésticos i demás personas que por sus tareas diarias no pueden concurrir a la Biblioteca durante las horas que permanece abierta para el público i, especialmente, nuestra clase obrera, podrá adquirir en su propio hogar instrucción i conocimientos útiles.

La Biblioteca será así un auxiliar eficaz de la escuela i del taller (XXIII).

La *althuseriana* frase final nos recuerda la ambivalencia constitutiva de las bibliotecas populares como espacios culturales. Las bibliotecas populares eran, en parte, la versión ideológica de los aparatos represivos del Estado, pero eran también el lugar en que una interpelación populista se articulaba a unas respuestas y usos populares, fomentando, como quería Sarmiento, la práctica y el ejercicio de un músculo que acabaría por ser usado para levantar otros discursos. Una de sus manifestaciones ya no estatales son las llamadas hojas sueltas de la poesía popular impresa del último cuarto del siglo XIX.

Las hojas sueltas

Usando un modelo analítico propuesto por Brunner y Catalán, Bernardo Subercaseaux coloca la *Lira popular* como uno de las tres prácticas definitorias de los tres segmentos culturales en que hacia el fin del siglo XIX se dividía la sociedad de Santiago, “cada uno con sus propias lógicas de producción y de consumo y también con productos artísticos y públicos diferentes” (102). Para el segmento alto ese espacio definidor era el Teatro Municipal y la práctica clave, la ópera. Para el segmento medio, lo eran los teatros Politeama,

Romea o del Cerro Santa Lucía y la zarzuela. En el caso del segmento popular podría decirse que el espacio es la calle y la práctica la lectura individual y colectiva (u oralizada) de las liras populares.

En el contexto chileno se entiende por *Lira popular* a aquella producida y publicada por poetas populares (muchos de ellos recientemente llegados a la ciudad de Santiago) que usan la tradición rural oral de poesía tradicional y sus dos vertientes de poesía a lo divino y a lo humano para enfrentar las nuevas condiciones de producción, circulación consumo y temáticas que la ciudad y sus públicos imponen.

De acuerdo con Marcela Orellana, la clave en esta transición del campo a la ciudad, de lo oral a lo escrito, es la persistencia y adaptación del mecanismo básico de generación textual de la práctica tradicional: la fórmula. Por fórmula se entiende “un grupo de palabras usado regularmente bajo las mismas condiciones métricas para expresar una idea esencial dada” (según Albert Lord, citado por Orellana, 103) o más simplemente “una unidad dinámica que puede utilizarse indefinidamente” (Orellana, 103). Este principio generador, la fórmula, y el formato versificador preferido, la décima, y su capacidad para producir discurso rimado, viajan con el poeta del campo a la gran ciudad. Y sin embargo, señala Orellana, la fórmula marca también el conflicto definidor de la hibridez de la *Lira popular*: una inadecuación entre el realismo, la orientación cotidiana y el sensacionalismo de los crímenes, escándalos o accidentes del momento, que son los temas preferidos del público popular en Santiago; y la lógica oral tradicional de la fórmula y sus repertorios, entrenados en temas sagrados y seculares de alta recurrencia y larga data. Para Orellana, esta tensión en el modo de producción genera una incoherencia y des-realización de las noticias que la *Lira popular* versifica, pues allí donde los hechos requieren especificidad y contexto determinado, las fórmulas de la poesía tradicional recurren al lenguaje establecido de los temas bíblicos (la destrucción, el apocalipsis, el éxodo por el desierto) o de experiencia humana general (la muerte, el nacimiento). Esta conclusión, me atrevería a afirmar, se deriva de una concentración filológica en la textualidad y sus mecanismos propios de generación. Si, en cambio, consideramos el circuito completo de producción, circulación y consumo de la *Lira popular* podemos aventurar que esta combinación, aparentemente incoherente y des-realizadora de temáticas urbanas y fórmulas orales de versificación, llevaba dentro de sí, en su misma heterogeneidad constitutiva –que, por cierto, se extiende a la relación de complementariedad entre texto y grabado–, las semillas de su éxito popular. En la nueva ciudad de Santiago, acrecentada significativamente por las migraciones rurales que desde el último cuarto del siglo XIX hasta fines del siglo XX la convirtieron en una megalópolis que ya hacia 1907 concentraba más del diez por ciento de la población del país y hacia 1992 cerca del treinta por ciento, no solo los poetas venían del campo. También lo hacía un segmento importante de su público. Para este esa heterogeneidad de modos y temáticas constituía lo que Jesús Martín Barbero (*De los medios*) ha llamado una matriz cultural popular llena de señas de reconocimiento e identificación.

Lejos de ser una fuente de incoherencia discursiva, la fórmula era el principal capital cultural que estos poetas recientemente arribados a la ciudad

llevaban consigo para enfrentar su nueva situación en el contexto urbano y se correspondía cabalmente con el sistema cultural de expectativas y competencias de al menos parte de sus nuevos públicos. Esta propiedad de los medios de producción es lo que hizo posible –junto con el acceso a papel e imprentas relativamente asequibles, y la existencia de un público popular emergente constituido tanto por sectores nuevamente alfabetizados como por analfabetos en procesos de alfabetización secundaria o dependiente, cuyo universo de referencias culturales mezclaba o cruzaba también los mundos rurales y urbanos– la existencia de la *Lira popular* y le dio su importancia histórica.

No se trata entonces de buscar en la *Lira popular* una forma de coherencia o pureza que garantice sus orígenes exclusivamente populares sino de entender, como en cierto modo también propone Orellana, que esa hibridez constitutiva se extiende en el contexto de la ciudad hasta hacer viable una forma de consumo cultural popular nueva y moderna: la hoja suelta. Lo que interesa aquí de esta última, entonces, es que ella se transforma, por primera vez en la historia de Chile, en el vehículo para una articulación cabalmente popular del mercado de lo impreso, combinando discurso escrito y visualidad, oralidad y escritura. Articulación que, además, valora la labor productiva, creativa, distributiva y receptora de los agentes culturales populares.

Esta valoración no fue compartida por la élite intelectual chilena del último tercio del siglo XIX. De hecho, más allá de los pequeños libros de poesías recopiladas que se conservan en la Biblioteca Nacional, debemos en alto grado la perduración de la creatividad poética popular de las hojas sueltas a dos agentes extraños al ámbito de la cultura oficial o dominante chilena: el científico alemán Rudolf Lenz, de cuya obra filológica de revaloración del idioma nacional chileno y sus producciones escritas y, sobre todo, orales, me he ocupado en otro lugar (Poblete, 2003); y el intelectual popular Jorge Octavio Atria, que le proporcionó al primero una parte importante del material que Lenz conservó en su archivo y que, probablemente, usó también Lenz en sus trabajos sobre la poesía popular impresa.

Miguel Luis Amunátegui i Reyes –embarcado en una polémica con Lenz acerca de cuál debía ser el modelo para la enseñanza de la gramática en Chile: el habla de la gente educada, como sostenía Andrés Bello y defendía Amunátegui, o el habla cotidiana de las gentes comunes, incluyendo al pueblo bajo, como proponía Lenz– refleja muy bien la reacción elitaria frente al rescate que hizo Lenz de los dialectos vulgares (que “no son de ninguna manera corrupciones de las lenguas literarias, sino que, al contrario, las lenguas literarias representan el estado anormal de un cultivo artificial”) (Lenz, “Para qué estudiamos”, 253) cuando señala tajante que: “El lenguaje de la jente ignorante no es la útil o gallarda planta que debe cultivarse con esmero, sino la dañosa i despreciable maleza que debe arrancarse de cuajo” (Amunátegui i Reyes, “Enseñanza”, 117).

Ajeno a los prejuicios de clase de la élite cultural a la sazón dominante en Chile, Jorge Octavio Atria se dedicó por años a la recolección de las hojas sueltas de los poetas populares y a entrevistarlos para saber algo de sus

biografías personales y del origen, método y mercado de sus composiciones. Como bien señaló Lenz, Atria no era un intelectual formado en academias:

El señor Atria no es literato de profesión sino hijo del pueblo. [...] Era en aquella época [hacia 1895] tipógrafo en la Imprenta Nacional y hoy [1912] es empleado de la Redacción de las sesiones del Senado. Tanto mayor era el interés que me inspiraba su afición por la literatura popular, pues en aquella época todavía no se ocupaba casi nadie del folklore de Chile y literatos de fama como Eduardo de la Barra se burlaron de 'la lengua huasa' que yo había [supuestamente] inventado (i) (Lenz, citado por Dannemann, 28).

Esta exterioridad de Atria respecto del circuito letrado y su mayor organicidad en relación con la cultura popular de la que provenía, son confirmadas por un proceso histórico que Manuel Dannemann describe como "folclorización" de las producciones populares de autor en hojas sueltas que Atria coleccionó. Como vimos con Orellana, el principio generador productivo de estos poetas populares, que finalmente publicaron sus versos en hojas volantes, provenía de la cultura tradicional rural y encontraba en la décima y la fórmula sus armas más capaces. No es de extrañar entonces que, tras su paso por la nueva ciudad proto-masiva y finisecular del Santiago del novecientos, estos nuevos versos volvieran más tarde a su cauce original. En efecto, muchos de los versos de los seis poetas más populares entre los populares impresos (Rosa Araneda, José Hipólito Casas-Cordero, Nicasio García, Bernardino Guajardo, Daniel Meneses y Juan Bautista Peralta) fueron encontrados por Dannemann en el siglo XX, sesenta a ochenta años más tarde, ahora anonimizados y apropiados pero reproducidos y usados por poetas rurales orales en la zona central del campo chileno, confirmando así la existencia de un circuito cultural autónomo y poderoso (residual, habrían dicho Raymond Williams y Jesús Martín Barbero). Lo que se había originado en la creatividad rural y florecido y enriquecido en la creatividad popular urbana, volvía al campo y a sus poetas para que estos reiniciaran el ciclo.

Como señala Guillermo Sunkel, aquella práctica popular comercializada de la lectura de la *Lira popular* sería, además, la base o la condición posibilitadora de la emergencia de una prensa masiva y moderna de orientación popular hacia la segunda década del siglo veinte en Chile. Pero esa es ya una faceta más compleja de las relaciones entre la cultura y la lectura populares y la industria cultural masiva en el siglo XX chileno.

Conclusión

Las vacilaciones de los diferentes ministros decimonónicos respecto de los resultados prácticos y la conveniencia política y moral de las bibliotecas populares comprueban varias cosas. Por una parte, que la biblioteca, ya fuera en sus versiones conservadoras como en sus versiones liberales, era un instrumento gubernamental para la productivización del cuerpo popular dentro de un marco bien de control ya de desarrollo. Por otra, que frente a estas políticas culturales gubernamentales, los artesanos y obreros no

tenían el mismo grado de interés en las lecturas educativas y formadoras que les proponía desde arriba la inteligencia liberal o conservadora. Es más, los lectores populares parecían resistir activamente los intentos por capturar su ocio en un espacio determinado y con unos contenidos cuidadosamente elegidos por las conciencias ilustradas. Pero de allí a concluir erradamente, como hacían interesadamente algunos ministros, que los obreros y artesanos estaban todavía muy lejos del interés por la lectura, hay una distancia que poco a poco pero prontamente, los sectores populares chilenos se encargarían de desmentir. La *Lira popular* o las hojas volantes –que comentaban desde el punto de vista y en el tono de la sensibilidad popular una mezcla de noticias del día y preocupaciones vitales de larga data, mezclando el humor y la fascinación por lo milagroso y extraordinario, dándole secular expresión a nuevos temas y nueva vida a viejos temas, resemantizando, por ejemplo, en el lenguaje centenario de los romances, las coplas, las décimas y los versos sencillos a lo divino y a lo humano, los intereses políticos y culturales del día; creando nuevas formas y adaptando antiguas tradiciones a la exploración y expresión de contemporáneos conflictos del mundo subalterno– son solo un ejemplo en la larga trayectoria de la cultura y la lectura popular que va desde el último cuarto del siglo XIX hasta el diario *La Cuarta* y la publicación *The Clinic* a comienzos del siglo XXI. En esta historia, que no estoy en condiciones de cubrir ahora, habrá, es cierto, numerosas asociaciones de obreros cristianos reunidos bajo dedicadas tutelas, pero también asociaciones autogeneradas por los trabajadores, lecturas callejeras y múltiples formas de discursividad popular que incluirán las hojas sueltas, los panfletos, los manifiestos, la poesía popular, las peñas, etc. Entre los efectos secundarios inesperados de los intentos elitarios por educar en el siglo XIX al segmento alto de los artesanos bien podría hallarse, también, el acceso de los segmentos bajos y las mujeres a más abundantes formas y fuentes de textualidad ficcional recreativa. Esa historia permanece aquí como una tarea pendiente que exige ser contada y realizada a pesar de las ingentes dificultades para establecer el registro de la práctica lectora popular en el siglo diecinueve.

Obras citadas

- Amunátegui i Reyes, Miguel Luis. "Enseñanza de la gramática", *Anales de la Universidad de Chile*, tomo CXXXIV, 1914.
- Dannemann, Manuel. *Poetas populares en la sociedad chilena del siglo XIX*, Archivo Central Andrés Bello, Santiago: Universidad de Chile, 2004.
- Grez Toso, Sergio. Editor, *La Cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores*, Santiago: Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 1995.
- Instrucción Pública en su parte secundaria, superior, especial e histórica. Recopilación de leyes, decretos supremos, circulares y acuerdos del Consejo de Instrucción Pública* por Justo Abel Rosales, Tomo Segundo, Santiago, Imprenta de Los Debates, 1891.
- Lenz, Rudolf. "Para qué estudiamos gramática", *Anales de la Universidad de Chile*, tomo CXXXI, 1912.
- Lyons, Martin. "New Readers in the Nineteenth Century: Women, Children, Workers", en Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, editores, *A History of Reading in the West*, Amherst: University of Massachusetts Press, 2003, pp. 313-344.

- Martín Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones*, Barcelona: Gustavo Gilli, 1987.
- Memorias de los Ministros de Justicia, Culto e Instrucción Pública* entre 1845 y 1886, en el Archivo Nacional, Santiago, Chile.
- Orellana, Marcela. "Lira popular: un discurso entre la oralidad y la escritura", *Revista Chilena de Literatura*, 48, 1996, pp.101-112.
- Periódicos chilenos en la Biblioteca Nacional, Santiago, Chile.
- Poblete, Juan. *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*, Editorial Cuarto Propio: Santiago, 2003.
- _____. "Formación de una sociedad lectora", *Historia Crítica de la Literatura Chilena*, Rojo, Grínor et al. editores, Tomo II, Santiago: LOM, por aparecer.
- Romero, Luis Alberto. "¿Cómo son los pobres? Miradas de la elite e identidad popular en Santiago hacia 1870", *Opciones*, 16, Mayo-Agosto, 1989.
- Sarmiento, Domingo Faustino. "Bibliotecas Populares" (original de 1854), tomo 4, *Obras Completas*, Buenos Aires: Felix Lajouane, editor, 1887 en adelante.
- _____. *Memoria sobre educación común*, Santiago, 1856.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia del libro en Chile. Desde la Colonia hasta el Bicentenario*, Santiago: LOM, 2010.
- Sunkel, Guillermo. *Razón y pasión en la prensa popular*, Santiago: ILET, 1985.